

Relato sin nostalgias de un caído en la guerra

Un soldado caminando intacto

Una canción de Silvio Rodríguez le canta a un soldado en “días de a fines de guerra”.

Un soldado que estaba “regresando intacto, intacto del frío mortal de la tierra, intacto de flores de horror en su cuarto”.

El soldado Jhon Jairo Calderón ha regresado intacto. Camina intacto también. Sonríe intacto, cómo no. Tiene una prótesis en vez de pierna derecha, pero está intacto: intacto a pesar de la acidez de los rencores y de los ojos humedecidos que deja la guerra.

Al soldado Calderón un bombazo de la guerra le destruyó una vida para que él se construyera otra. Nació en Bogotá por pura casualidad. Cuando tenía dos años, su mamá Chela se lo trajo para su tierra, Nariño, un pueblo de Antioquia, y lo dejó para que sus abuelos lo criaran mientras ella se ganaba la vida. De su señor padre ni rastros quedaron en la memoria. Por eso sus abuelos son sus padres y doña Chela es Chela, a secas no más, pero con afecto.

Habla sonriendo Jhon Jairo. Su casa está al oriente de Medellín, barrio Buenos Aires, comuna 9. Las nubes se ven más cerca desde aquí. Vive con su esposa Dayna y con Pamela. Pamela es su hija, tiene tres años y se ha quitado su pijama en medio de la conversación para irse a bañar.

No hay regaños. Un “vaya pues báñese” con un cariñoso “¿no le da pena?” bastan para que la niña corra a su baño, solita. Jhon Jairo Calderón le aprendió a la psicología, hoy cursa tercer semestre en la Fundación Universitaria Luis Amigó, que a

los niños ni se les grita y ni menos se les golpea. Habla sin alardes: “Si un niño está furioso, hay que dejarlo calmar. Se le ignora. Si tiene dos años, se ignora dos minutos, tres años, tres minutos... y así”.

Calderón se enroló en el Ejército Nacional para lo que tocaba: sacar la libreta. La guerra, con sus aullidos tenebrosos e injusticias, lo había sacado de Nariño con su gente y corotos a los 12 años. En Medellín: sobrevivir. Como sus tíos, fue vendedor ambulante de tintos, de perico, perico del que se hace con leche y café, valga la aclaración. “Era rebuscarse la papa”, sonríe.

Pero a los 16 meses, el recluta decidió seguir la carrera militar y se hizo profesional. Era enero de 2001. “Uno de regular —habla Jhon Jairo reflexivo— está en un batallón, en un puesto de control. Uno es folclórico. No vive la guerra. Pero de profesional sí, ahí sí se vive la guerra, uno está en el monte, persiguiendo a la guerrilla. Ahí sí se vive la guerra”.

—Y ahí sí pensaste que podía pasar lo que te pasó...

—No... Uno ahí sí tiene miedo, pero no lo pensé. Sin embargo, yo decía: si me dan bala, que no me maten, y si piso una mina, que no me desaparezca. Se lo pedía a Dios... y vea, me cumplió.

Pamela, con el pelo húmedo, está preocupada: se ha perdido su cuaderno de dibujos.

Zeus, el soldado finadito

El soldado Calderón caminaba de décimo en su contingente antiguerrilla. “Entre soldado y soldado hay una distancia —se pone de pie— como de aquí a la puerta”. Unos cuatro pasos largos, cuatro metros acaso. “Así, si alguien pisa una mina, no afecta a varios”.

Don fusiles se habían perdido. Otro contingente contraguerrilla había caído en un campo minado, un sargento había muerto y no había suero para sus soldados heridos.

El contingente del soldado Calderón operaba por la maraña buscando un cerro alto donde estaba el contingente del sargento muerto, al lado de una quebrada embravecida que en tiempos veraniegos era un camino para las FARC. La misma quebrada embravecida que había arrastrado los dos fusiles nunca hallados.

“Nos detuvimos. Yo iba con Zeus, el finadito, un perro —señala un retrato a sus espaldas. Está el perro sentado y erguido—. Lo llevaba atrás porque no estaba haciendo operaciones de rastreo. Cuando él iba adelante rastreando el terreno y encontraba una mina, se sentaba. Ese día lo llevaba atrás. Di cuatro pasos”.

Jhon Jairo ha mirado al suelo con las manos en plegaria. La mirada se le fue dos segundos, y medio pero nada, de nostalgias nada. “¡Y boom! —sonríe—. Explotó”.

Un ardor profundo. Luego un dolor muy intenso. El soldado Calderón vio su bota en un rastrojo con su contenido en añicos y vio al soldado Zeus, tan héroe como él, en el mismo rastrojo y destrozado con lo de adentro por fuera, como un parche sobre la maraña.

El enfermero le hizo un torniquete con las vendas arriba de su tobillo derecho, que ya no estaba, le inyectó tramadol para paliar el dolor, lo montaron en un camilla recién hecha con lo que se pudo y arrancaron por el camino minado para seguir en la búsqueda del otro contingente. Eran las 10 horas del 19 de diciembre de 2005.

Al medio día llegaron al cerro y encontraron al otro contingente. “Después nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho. Qué locos. —Sonríe sacudiendo su mano diestra—. Cómo se nos va a ocurrir seguir por ese camino lleno de minas”. A las tres de la tarde un helicóptero recogió los heridos de ambos contingentes.

Un pie fantasma

Lo primero que hizo Jhon Jairo estrenando prótesis fue tomar un bus cerca de la Cuarta Brigada y bajarse en el centro para caminar, que para eso se la había dado el Ejército: para caminar como si nada, para caminar intacto.

Su psicólogo se sorprendía. “Realmente, a mí el accidente no me afectó mentalmente: nunca sentí tristeza, nunca me deprimí. Nada”. Y quién diría: el accidente le trajo a Dayna, a quien no veía desde el último agosto, justo el día en que habían terminado su noviazgo.

Jhon Jairo decidió dedicar su vida a la psicología cuando conoció a un cabo que como él recién se había parado sobre una mina. Ya el soldado Calderón estaba hospitalizado en el Pablo Tobón Uribe sin pierna derecha. El cabo no aceptaba ser amputado, estaba hospitalizado también allí. Estaba mal, arrasado por la tragedia: tenían que amputarlo debajo de la rodilla.

Entonces Jhon Jairo le dio moral, lo convenció, y así supo que quería ser un psicólogo humanista “para ayudar —dice entusiasmado, vital— a tantos compañeros que caen en la guerra. Eso quiero hacer”.

En 2006 aparece en su vida la Fundación Héroe Camina. Jhon Jairo Calderón es uno de los 512 héroes víctimas de minas que la Fundación ha acogido desde 2005, año de su nacimiento.

Héroe Camina merece mención especial: con la ayuda desinteresada de civiles y reservistas, el apoyo logístico del Ejército Nacional, la Cuarta Brigada para más ser preciso, y bajo la dirección de Claudia Berrío, ofrece programas de salud, educación, vivienda y un proceso de reinserción a la vida civil. Además de asistencia jurídica para quienes tengan en curso procesos.

“Gracias a Héroe Camina validé desde sexto grado en el Ferrini, soy vigilante y estoy en tercer semestre de Psicología en la Luis Amigó”.

“El miembro fantasma —comenta John Jairo Calderón el psicólogo— es que uno siente la pierna porque el cerebro sigue enviando las mismas señales. Entonces me pasaba que estaba sentado viendo televisión y me paraba como si tuviera la pierna. O una vez —sonríe mirando a Dayna— sentía que me picaba el dedo gordo del pie y empecé a buscar en el mocho, así le dice uno, hasta que me rasqué en un punto y sentí como si me rascara el dedo gordo”.

Según la Dirección para la Acción Integral Contrás las Minas Antipersonal, desde 1990 van poco más de 11 000 víctimas, entre civiles y militares.

—¿Cómo te ves en 5 años?

—Graduado, ayudando a mis compañeros caídos. Además tenemos un proyecto de vida: ella —mira a Dayna esperando un asentimiento— quiere ser enfermera, por eso va a validar. Y ver la niña grande.

El soldado Jhon Jairo Calderón ha regresado intacto, caminando intacto. Los espíritus grandes siempre lo hacen, ni la guerra los destruye, ¡ni la guerra!